

Bryce Echenique, permiso para decir adiós

Tras pedir primero permiso para vivir y después para sentir en los volúmenes anteriores de sus *Antimemorias*, Alfredo Bryce Echenique publica *Permiso para retirarse*. Y no es broma, al menos eso afirma a El Cultural: “Sí, es una despedida con todas las de la ley”.

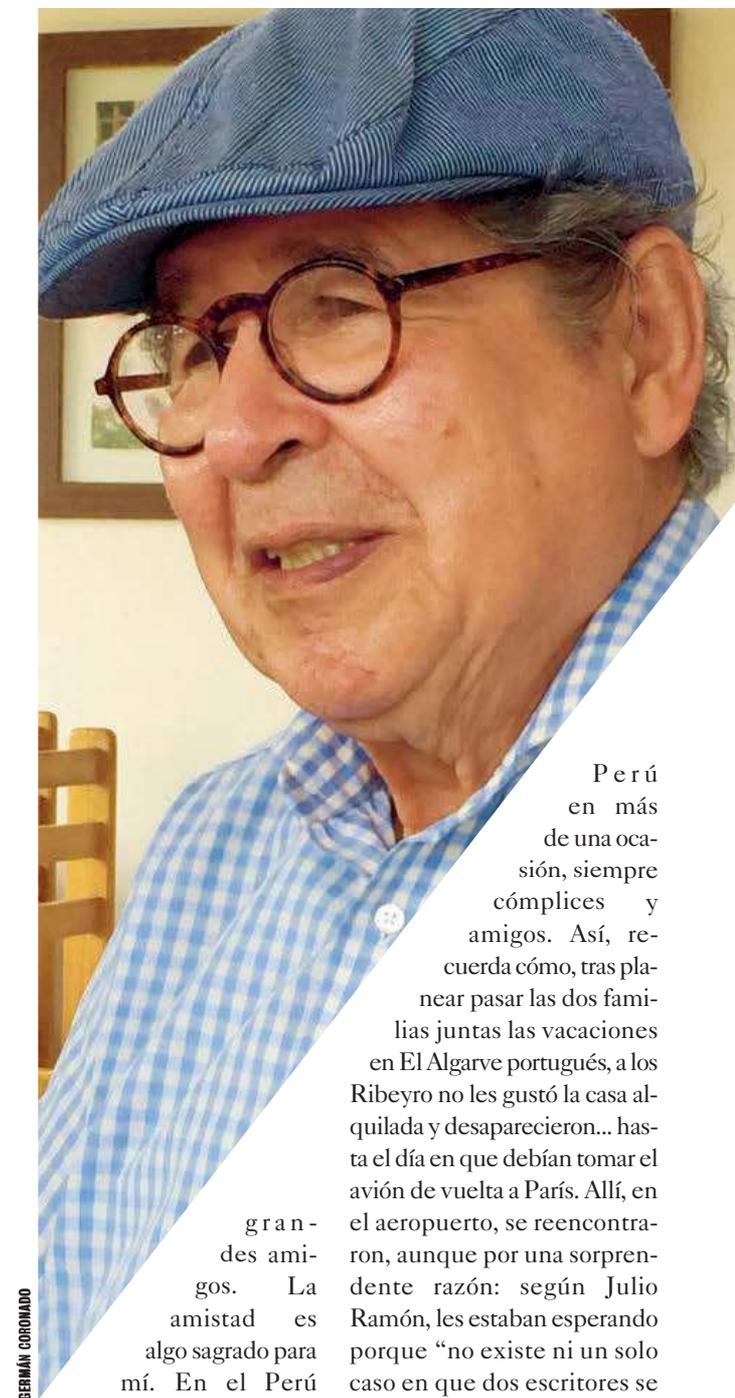
Bienhumorado pese a todo, Bryce Echenique (Lima, 1939) tiene claro que ha llegado el momento del adiós, al menos en lo que a la escritura se refiere. “Desde luego –nos confirma–, no hace mucho leí las célebres *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, pensando en escribir unas *Antimemorias de ultratumba*, pero nada me salió. Sentía la misma sequía de hace un tiempo”. Por eso *Permiso para retirarse* (Anagrama) “no es ninguna broma, sino mi despedida definitiva”, insiste, casi enfadado.

Hecho de “retazos y momentos de una vida dedicada a la literatura, la amistad y el amor”, este tercer tomo de *Antimemorias* combina realidad y ficción, y evidencia, según el peruano, “el gusto por contar historias que mantengo intacto desde los veintiocho años, cuando inicié mi carrera como escritor con los cuentos de *Huerto cerrado*”.

Jugando con la literatura, los recuerdos amorosos y el pasado, el narrador peruano se de-

tiene en su última obra, tras un divertimento titulado “Entre dos clósets y una hermosa dama”, en sus andanzas francesas. A París llegó en 1964, diplomándose en La Sorbona en Literatura francesa clásica en 1965 y en Literatura contemporánea un año después. A aquellos momentos vuelve en “Siempre nos quedará París... y todo aquello”, donde explica cómo “el descubrimiento de Europa empieza para mí en el techo de un edificio, en París”, donde convivió con obreros sicilianos, andaluces “como Paco el Muecas y su esposa la gorda Carmen, a la que llamábamos Carmen la de Ronda”, vietnamitas, y de Marruecos, “y un viejo sordo portugués que escuchaba la radio a un volumen insoportable, más algún estudiante francés y algunos otros personajes sin ocupación conocida”.

Ahora, al hacer memoria, confiesa a El Cultural que sí, que le debe mucho a “Francia y a España, que son los dos países en que he vivido y tengo



GERMÁN CORONADO

gran amigos. La amistad es algo sagrado para mí. En el Perú mantengo todas las amistades de mi infancia y adolescencia. En España tengo grandes amigos médicos. Recuerdo siempre a Ramón Vidal Teixidor, que trató con desvelo mis depresiones nerviosas”.

Otro amigo constante, que aparece desde las primeras páginas para no abandonar el volumen jamás, es Julio Ramón Ribeyro, con el que coincidió en Francia, España, Portugal y

Perú en más de una ocasión, siempre cómplices y amigos. Así, recuerda cómo, tras planear pasar las dos familias juntas las vacaciones en El Algarve portugués, a los Ribeyro no les gustó la casa alquilada y desaparecieron... hasta el día en que debían tomar el avión de vuelta a París. Allí, en el aeropuerto, se reencontraron, aunque por una sorprendente razón: según Julio Ramón, les estaban esperando porque “no existe ni un solo caso en que dos escritores se hayan matado juntos en un avión”. Eso aterrizó de inmediato a un Bryce seguro de que ese “sería el primer caso en que dos escritores volaban juntos al otro mundo”. Aterrizaron sanos y salvos, pero el peruano jamás lo olvidó.

Compañeros íntimos de aventuras sentimentales, etlícas y culturales, recuerda ahora Bryce que a Julio Ramón Ribeyro le “ligó siempre una amistad personal y literaria.

Fue el lector que más me empujó, sobre todo en mis comienzos. Incluso le cambié de título a mi primer libro de cuentos...”

Con García Márquez, en cambio, el peruano descubrió la diferencia entre bares de verdad y “lloraderos”. Según el Nobel colombiano, la inmensa mayoría de los lugares donde se sirven bebidas son eso, lloraderos, mientras solo unos pocos merecen el nombre de bar. Se lo enseñó, como un tesoro, en Cartagena de Indias, en un local “semioscuro y, en vez de una rökola de ruido atronador la

música se escuchaba sin estruendo alguno”, mientras conversaban, con un par de negronis, de política y literatura “sin que nada ni nadie nos interrumpiera”. De Vargas Llosa narra en el libro alguna aventura incluso escatológica, pero para quienes hablan de lejanías, explica jovial que las únicas distancias que los separan son “geográficas, pues él vive en España y yo volví a Perú”.

CANTOR Y PRESIDENTE

Con Ribeyro compartió también un momento único, que marca el tono de gran parte del libro, ya que varios episodios del mismo están dedicados a narrar sus desencuentros con la clase política de su país. Una

“HACE POCO INTENTÉ ESCRIBIR UNAS ANTIMEMO- RIAS DE ULTRATUMBA, PERO NADA ME SALIÓ”, EXPLICA BRYCE ECHENIQUE

noche de farra en París estaban los dos engolfados discutiendo quién era más decisivo como autor, si Stendhal o Flaubert, cuando un músico “de esos que canta primero y pasa la gorra después” se puso a cantar a su lado “con un tremendo poncho y un chullo que, a nuestro parecer, solo podía provenir del Perú”. Cuando les reconoció como compatriotas renovó sus cantares entonando

nada menos que “El cóndor pasa” pero, empobrecidos los dos, cuando pasó el sombrero en busca de una propina solo Bryce pudo dar unas monedas... al futuro presidente Alan García, pues de él se trataba. Y el entonces insospechado corrupto, “ejemplo de pésimo gobierno en la historia del Perú contemporáneo”, jamás se lo perdonó. Ahora, al hacer balance, un Bryce compasivo comenta a El Cultural que “el suicidio de Alan García fue su confesión final”.

De Lima a Madrid, de Barcelona a París, el libro recorre aventuras, pasiones y tristezas, literatura y mucha, pura vida. ¿Suficiente para retirarse? Ojalá aún no. **NURIA AZANGOT**